

EL FIN DE LAS BARANDILLAS

Abóbora.

En aquel entonces, la vida no era exactamente como lo es ahora. Quizás, la gran diferencia era que no existían las barandillas en los balcones, aunque sí existía la creencia de tenerlas, de modo que eran bastante habituales las caídas hacia la calle de gente que creía estar apoyándose en sus bonitas barandillas. Pero, lo que era verdaderamente ridículo era el hecho de que las barandillas de los balcones de las casas se hubiesen convertido en una forma de demostrar el estatus social de las familias y su poder económico. Esto hacía que fuese fundamental tener claro cómo era tu barandilla, para poder describirla ante los demás con todo detalle sin entrar en incoherencias con el paso del tiempo. Así, las familias se reunían una vez a la semana para repasar la descripción de sus balcones, a fin de evitar contradicciones entre ellos, en lo que se convirtió en una especie de ritual conocido como “la hora de la barandilla” (o “la hora de la *rambarde*”, como decían los burgueses de la época, en alusión a que era un invento francés y, de paso, mostrar sus dotes lingüísticas). En el Movimiento por la Barandilla (conocido como MoBa) la denominábamos “la hora del *balconing*”, en una evidente declaración de principios contra la sociedad de clases ya que, en esa época, las clases más pudientes vivían en los primeros pisos de los edificios, por lo que sus caídas no resultaban tan peligrosas como las de los pobres que vivían a quince metros de altura. El MoBa, además, recordaba siempre que el simple hecho de dedicarle tiempo a imaginar cómo era tu barandilla suponía en sí mismo un acto burgués.

Lo que definía el poder de las familias era el número de barandillas, el material con el que estaban hechas y su decoración. La descripción de la barandilla debía ser minuciosa pero creíble, aunque el mero hecho de que no existiesen las barandillas hacía que, a priori, cualquier cosa pudiera ser válida. Técnicamente cada uno podía decir lo que le viniese en gana, porque no había ninguna legislación que te limitase a la hora de describir tu barandilla, ni ningún comité de arquitectos que elaborase un estudio de viabilidad al respecto. De hecho, esto se utilizaba para explicar que las barandillas representaban el valor imaginativo y artístico de las familias y no la cuestión económica, como defendíamos desde el MoBa. Sin embargo, como explicaba la brillante historiadora irlandesa Ashley Walsh en su famosa tesis “Barandillas y lucha de clases: de la *rambarde* burguesa al *balconing* obrero”, se habían establecido una serie de lógicas en función del poder económico de cada familia, que imponían un conjunto de restricciones sobre lo que cada uno podía tener o no en sus balcones. Si una familia obrera que trabajase en una

fábrica textil, pongamos por caso, fuese contando que su barandilla estaba hecha de cristal traído de la región checa de Bohemia y que llevaba unas decoraciones que imitaban exóticos animales de la sabana africana, era evidente que mentían porque era imposible que se hubiesen podido permitir tal lujo. De esta manera se consiguió que, al final, las familias más pobres tuviesen todas más o menos las mismas barandillas, y la imaginación quedaba para uso y regocijo de la alta sociedad. Por tanto, las imaginadas barandillas lo que definían no era la creatividad de las familias, sino su posibilidad de ser o no creativas.

Yo era de una familia muy humilde. Mi padre era zapatero (y, a decir verdad, no era de los mejores de la ciudad), mi madre ama de casa y además a veces hacía arreglos de sábanas y cortinas por encargo. Mis padres tuvieron tres hijos. El primero de ellos se cayó por el balcón a los ocho meses. Después vino una niña y, un año después, llegué yo. Teníamos sólo un pequeño balcón al que se accedía desde el salón, que coincidía justo en el centro de la fachada del edificio, que tenía siete plantas. El balcón tenía cincuenta y cinco centímetros de ancho por un metro de largo. Nuestra barandilla era también humilde, como era de esperar. Cuando mis padres se casaron y se fueron a vivir allí, determinaron que su barandilla tendría una altura de sesenta centímetros, pero después del fatídico accidente de su primogénito, mi madre decidió que tendría ochenta y cinco centímetros, para mayor seguridad. La barandilla estaba fabricada, como la práctica totalidad de las barandillas de las casas de zapateros, con velcro. Lo bueno de estas barandillas era que permitía quitar y poner decoración con facilidad, lo que nos daba un pequeño margen para la imaginación, convirtiéndonos en una especie de privilegiados entre los desgraciados. Lo malo era que a veces se pegaban cosas indeseadas a ella. En la parte derecha, teníamos como decoración unos motivos florares, que eran un puñado de cardos enganchados que habíamos puesto en memoria de nuestro abuelo, que murió en la guerra atragantado con un cardo en la cena de Nochebuena; en la parte central, teníamos varias piezas y herramientas que mi padre utilizaba en su taller de la zapatería, como seña de identidad y orgullo de su oficio; finalmente, el lado izquierdo raramente lo usábamos, porque mi madre vivía obsesionada con la idea de que se pudiera caer la casa si poníamos demasiado peso en la barandilla.

A sólo dos manzanas de nuestra casa, había una gran plaza donde íbamos los niños del barrio a jugar. En uno de sus lados había un bonito edificio de tono pastel, en cuyo primer piso vivía, hasta su caída en desgracia, la familia Riopedre, que eran los propietarios de una fábrica de cerámica. Sus cinco llamativas barandillas eran conocidas en toda la ciudad. La más

espectacular era la de la habitación principal. De ella colgaban un escudo de armas – con armas de verdad –, y un botijo del que, si accionaban un botón, podía salir orín de lince como si fuese una fuente. Un día, al salir de misa el señor Riopedre dijo, bajo la atenta mirada de todos los feligreses: «he traído desde Londres, para colocar en una de las barandillas de mi palacio, el retrato original de la Mona Lisa, cuadro pintado por el magnífico Laudrup». Cuando Don Arturo, el maestro, explicó a la asombrada audiencia que eso era imposible, que el cuadro de la Mona Lisa no estaba en Londres, sino en París, y que su autor era Leonardo Da Vinci y no Laudrup, Riopedre perdió toda credibilidad, su empresa se hundió en bolsa y todo el mundo dejó de comprar productos provenientes de sus fábricas. Un año después, la familia Riopedre había vuelto al éxito empresarial después de invertir en clases de pilates, todo el dinero ganado con la venta de sus barandillas.

En la calle de la balaustrada, cerca ya del Ayuntamiento, el dueño de una empresa petrolífera, que era un hombre muy provocador y muy enfrentado con los miembros del MoBa, tenía su barandilla con forma de escalera, incluyendo un pasamanos barnizado con petróleo. Decía que era para demostrar que los del MoBa le tenían miedo y que, pese a que podrían entrar a su casa a través de la escalera del balcón, no se atreverían a hacerlo. El hecho de que no existiese la barandilla, le ayudaba bastante a reafirmarse en sus convicciones.

Con el devenir de los años fueron creciendo las disputas entre las familias más adineradas por describir sus barandillas, cada vez más opulentas y estrafalarias, mientras a los más pobres se les pudrían sus barandillas de cartón cuando llegaban las lluvias otoñales. Inolvidable fue el día en el que el señor Castañeras, poderoso hombre de negocios financieros, aseguró tener una barandilla inversa. O sea, que en lugar de elevarse desde el suelo del balcón, caía desde el tejado del edificio – seis plantas más arriba –, hasta medio metro antes de tocar las baldosas de su balcón. Por si fuera poco, alternaba barrotes de hierro forjado y bañados en oro, con otros de esparto totalmente innecesarios.

Por fortuna, ya han pasado a la historia aquellos tiempos locos de barandillas inventadas en los que me crié, desde que el MoBa revolucionó el mundo tapiando todas las ventanas de las casas. Como profetizó Ashley Walsh: “el burgués llegará a puntos extremadamente absurdos de la creatividad con tal de no permitir a las clases trabajadoras tener la más mínima libertad de imaginación. Pero también llegará el día que el proletariado y todos esos seres marginados, miren sin miedo el precipicio y se nieguen a seguir cayendo”.